

P. Mauro-Giuseppe Lepori OCist

¿Qué le sirve al hombre?

El significado del trabajo en la senda de la Iglesia

Participación en la obra de la Salvación

Cuando comencé a reflexionar sobre el tema de este encuentro, salió publicada la hermosa Carta Apostólica *Patris corde* dedicada a San José. En el apartado 6, titulado "Padre trabajador", también el Papa Francisco expresa la urgencia de redescubrir el significado del trabajo que hace ya cuarenta años inspiraba la *Laborem exercens* de San Juan Pablo II: "En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a ser un grave problema social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario comprender, con una conciencia renovada, el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo [San José] es un patrono ejemplar."

Pero es sobre todo lo que el Papa dice inmediatamente después, como para explicar lo que significa "comprender, con una conciencia renovada, el significado del trabajo que da dignidad", lo que me ha ayudado a reflexionar. Francisco escribe: "El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia."

También en este documento, un poco después, el Papa no olvida recordar que el trabajo del hombre es la ocasión para avivar en nosotros la imagen de Dios-Creador que nos constituye: "La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea". Pero me sorprende que la mayor insistencia no es sobre la colaboración de nuestro trabajo con el Dios-Creador, sino con el Dios-Salvador y Redentor del hombre: "El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino".

Es este aspecto, esta dimensión del trabajo que me siento empujado a profundizar, justamente para buscar comprender mejor y hacer nuestro "el Significado del trabajo en la senda de la Iglesia", de la Iglesia más como experiencia y acontecimiento propios de la Redención que como abundante elaboración de documentos del Magisterio, que, sin embargo, siempre se expresan a partir de esta experiencia y transmiten el significado que da sentido a toda la vida humana.

¿Qué significa que el trabajo es "la participación en la obra misma de la salvación"?

Cuando pensamos en la participación del hombre en la obra de la creación, fácilmente corremos el riesgo de concebir nuestra obra como una especie de prolongación de la obra de Dios, como un proceso evolutivo que sigue a un *big bang* creacionista inicial. Así, Dios sería el "gran empresario" que suministraría al hombre los materiales y los planos de construcción, para luego marchar y volver más tarde para comprobar si los obreros trabajaron bien y pagarles o castigarles según correspondiera.

Evidentemente, no es así como la Iglesia concibe la colaboración humana en la obra del Creador, porque la revelación bíblica y cristiana nos hace comprender que Dios sigue obrando y que nada existiría si Dios no lo hiciera ahora, en cada instante, desde lo más profundo de su eternidad en la que ama a toda criatura y de la cual se alegra desde el corazón de su Comunión trinitaria. El hombre que entiende que su trabajo es la colaboración con un Dios que siempre trabaja, comprende que su colaboración con Dios se funda y se lleva a cabo con la conciencia de que Dios también nos hace a nosotros mismos, que Él nos crea también como obreros de su obra. No sólo hace la obra, sino al obrero a quien pide colaborar con Él.

Dios nos hace capaces de trabajar como Él, de crear como Él, pero el hombre, con el pecado original, ha comenzado a perder la conciencia inmediata de que la realización plena de esta dignidad no puede lograrse si no es en el reconocimiento humilde y agradecido de que estamos hechos, de que *somos* y, por tanto, de que podemos *trabajar* sólo si Él nos hace, porque Él nos hace.

Dignidad y humildad.

Trabajar sin esta conciencia, que es un sentido de dependencia y pertenencia radicales, quita a la dignidad el poder obrar como Dios su consistencia última, su sustancia. Dios nos deja hacer, en todo caso, nos deja trabajar como él, no deja de hacernos creativos. Pero es como si faltara el fundamento oculto y, tarde o temprano, esta fragilidad estructural del *hacer* no fundado en la conciencia agradecida de *ser hechos*, aflora, se pone de manifiesto. ¿Cómo? Pues me parece que, principalmente, de dos modos, en apariencia opuestos, pero en realidad intrínsecamente unidos: la fragilidad del trabajo y la violencia. La obra que no se desarrolla sobre la base vital, que es como una fuente, de la conciencia de ser hechos por Dios, tarde o temprano pone de manifiesto su inconsistencia, lo cual genera violencia, que es la autodefensa de la fragilidad.

La Torre de Babel es el ejemplo clásico de esta dinámica. El Dios que creó las más altas montañas dio al hombre, creado a su imagen, la capacidad de construir altas torres. El problema es que el hombre piensa que eventualmente Dios estará en la cima de su obra – "*Vamos, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo*" (Gen 11: 4)– olvidando que Dios, en cambio, está en el origen, es el fundamento, la posibilidad constante de realización. Y ello está, o debería estar, en el interior de la conciencia del hombre, dentro de la conciencia que el hombre tiene de sí mismo, de su yo en acción, de su yo que se pone a trabajar.

No se recupera el sentido del trabajo sin recuperar este fondo de autoconciencia de sí como criatura hecha capaz de crear, hechura capaz de hacer, como obra capaz de obrar.

En el fondo, la conciencia de uno mismo y de la propia dignidad que se le exige al hombre para vivir en la verdad es ciertamente paradójica. Porque es la conciencia de una dignidad sublime que sólo puede fundarse en una profunda humildad, es decir, en la conciencia de que sin Dios no somos nada, absolutamente nada. Me gusta repetirme una frase que leí en la pared de una fábrica en Brasil: "*Dios sin ti es Dios. Pero tú, sin Dios, ¿qué eres?*". Que no es sino una versión en lenguaje común de las expresiones asombradas y sorprendentes del Salmo 8:

"¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos. Todo lo sometiste bajo sus pies" (Sal 8,5-7).

No se recupera "el significado del trabajo que da dignidad" (*Patris corde*, 6) sin esta conciencia agradecida y admirada de que nuestra dignidad es un don gratuito e inmerecido de Dios. Somos una nada a la que se le ha dado ser como Dios. Sin esta conciencia del significado del hombre en cuanto hombre, sobre el cual todo el magisterio de San Juan Pablo II ha insistido muchísimo, el significado del trabajo no se recupera, precisamente porque el significado del trabajo depende directamente del significado que el hombre tiene ante los ojos del Dios que le comunica el ser y el obrar a su imagen y semejanza.

La humilde concepción del yo que unifica todo.

San Benito, en su Regla, habla mucho del trabajo. Lo hace describiendo los trabajos y servicios que deben realizarse en comunidad. La concepción benedictina del trabajo del hombre es de 360 grados, bien sea porque en el monasterio se debería hacer todo lo necesario para la subsistencia autónoma de la comunidad, bien sea porque San Benito tiene una visión integral y unitaria del hombre, que no separa en él, aun distinguiéndolos, el espíritu, el alma y el cuerpo. Para San Benito, la lectura meditativa y la oración son "obras" igual que el trabajo en el campo, los servicios de cocina o la asistencia a los enfermos e huéspedes. Todo está unificado por la obra de Dios (*opus Dei* u *opus divinum*) que se extiende desde la oración en el coro hasta los campos en los que se siembra y se cosecha.

El monje verdaderamente humilde, lo vive todo expresando la conciencia de ser una nada a la que Dios mira con amor, y esto unifica la vida, en todos sus aspectos: "*durante la obra de Dios* [es decir, la oración del Oficio Divino en el coro], *en el oratorio, en el monasterio, en el jardín, en la calle, en el campo y en cualquier otro lugar; sentado, de pie o caminando*" (RB 7,63). La conciencia humilde de sí vivida en la conciencia adoradora de Dios hace verdadera toda la vida, porque convierte en verdadero el yo que lo vive todo, donde sea que esté, haga lo que haga.

Lo que permite esta unidad es la humildad de la concepción de uno mismo frente a Dios, esa humildad religiosa dentro del trabajo que el pintor Millet ha ilustrado intensamente en su *Ángelus*, o Segantini en su *Ave María a traspordo*.

San Benito prohíbe practicar un arte a quien lo realiza con orgullo, porque sabe que el orgullo que pierde la conciencia de la raíz creadora del yo convierte toda la obra en falsa y vana. Escribe en el capítulo 57 de la Regla, dedicado a los monjes que practican un arte: "*Los artesanos que pueda haber en el monasterio, ejerzan con humildad sus artes (...). Pero si alguno de ellos se engríe por el conocimiento de su oficio (...) sea removido de su oficio, y no vuelva a ejercerlo, a no ser que se humille, y el abad lo autorice de nuevo. Si hay que vender algo de lo que hacen los artesanos del monasterio, los encargados de hacerlo no se atrevan a cometer fraude alguno. (...) En los mismos precios no se insinue el mal de la avaricia (...) para que en todo Dios sea glorificado.*" (RB 57,1-9)

La humildad es la conciencia verdadera de sí mismo que permite una relación con el trabajo y con las propias capacidades manteniéndolas en su propia verdad ante la vocación global de la persona. Somos creados para Dios, no para el trabajo o la ganancia, y si estos se convierten en ídolos, el primero en perder es quien cae en esta idolatría. El hombre que no glorifica a Dios en todo lo que hace, reniega de su propia identidad, es menos él mismo, se enajena. Es una criatura que no se deja crear hasta el final, hasta el infinito para el que está hecha. El orgullo, la soberbia, la avaricia, la vanidad bloquean el proceso de creación del hombre que del infinito va al infinito, que de Dios va a Dios. La humildad no es el sofocarse de uno mismo, sino la apertura de nuestro yo al infinito, es decir, a la gloria de Dios. San Benito no duda en sacrificar todo para la gloria de Dios, incluso los talentos personales y las ganancias económicas, porque es consciente de que sólo en ella el hombre se realiza plenamente.

En resumen, en todo y a través de todo, la preocupación de San Benito es el crecimiento de la persona en su vocación fundamental de criatura hecha para realizarse amando y glorificando a Dios.

El Pecado y la Redención

El encerrarse soberbio en uno mismo, la idolatría de sí mismo y de lo que se hace o se tiene, es la naturaleza del pecado, desde el de Adán y Eva hasta el nuestro, tanto personal como social.

Entonces, entendemos que también para liberar el trabajo, también para vivir el trabajo en su pleno significado, necesitamos de la Redención, porque del pecado no nos liberamos por nosotros mismos. San Pablo expresó bien esta situación, que es importante reconocer para que podamos desde ella gritar con certeza: "*En efecto, según el hombre interior, me complazco en la ley de Dios; pero percibo en mis miembros otra ley, que lucha contra la ley de mi razón y me hace prisionero de la ley del pecado, que está en mis miembros. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor!*" (Rm 7,22-24)

La gratitud de Pablo está en reconocer la gracia de la Redención que, en Cristo, Dios lo libera de la esclavitud del pecado y de la muerte.

Es a este nivel en el que, como hemos visto, el trabajo necesita encontrar su significado en la obra de salvación. En otras palabras, el trabajo, como toda dimensión de la vida humana, necesita de la Redención, de una liberación de aquello que lo esclaviza y, por tanto, de una Redención para tener un sentido, un significado bueno, que beneficie al hombre.

"¿De qué le sirve al hombre?" La pregunta que figura como título de este encuentro sobre el significado del trabajo es el comienzo de la frase en la que Cristo lanza su gran provocación sobre el sentido que damos a nuestra vida: "*¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si se pierde o se arruina a sí mismo?*" (Lc 9,25). No es ganar el mundo entero lo que puede dar significado al trabajo, como a cualquier expresión de la existencia, sino una posibilidad de vivir el acto del trabajo con una plenitud de libertad que no dependa de otra condición o finalidad que no sea la plenitud del sujeto que trabaja, es decir, de su corazón, de nuestra humanidad total. La posibilidad de vivir todo acto, todo instante, toda relación con la libertad de poder tender hacia el sentido total de nosotros mismos y de experimentarlo, es el gran fruto de la Redención, de la liberación que Cristo nos ofrece y nos comunica.

Es importante, sin embargo, sobre todo cuando la humanidad está en crisis en relación con el trabajo o con otras dimensiones fundamentales del hombre, como la familia, la educación, la política, la salud, etc., no olvidar que Cristo es Redentor del hombre, antes que Redentor del trabajo, de la familia, de la educación, de la política, etc. Cristo redime todo si el hombre se deja redimir, si el sujeto se deja salvar. Y en consecuencia todo lo demás es así redimido y salvado. Pero si falta la Redención del hombre, todo lo humano permanece irredento, es decir, esclavo, oprimido, sin anhelo por el infinito.

Yo pertenezco a la generación que inició sus estudios universitarios contemporáneamente al inicio del papado de Juan Pablo II y, por tanto, con la *Redemptor hominis*. Dos años y medio después llegaba la *Laborem exercens*. De aquellos años de formación, son sobre todo estos dos textos que se me quedaron marcados, porque fueron el objeto de un gran trabajo y de una profundización personal y comunitaria. Solo ahora me doy cuenta de lo importante que fue basar en la Redención del hombre la cuestión social y todas las demás cuestiones sobre las que el Magisterio se ha expresado y siempre se expresa de nuevo. Y tengo la impresión de que la "gran frenada", la "gran parada" que impone la pandemia, nos está pidiendo ciertamente redescubrir este fundamento, esta fuente, para volver a dar valor y verdad al trabajo y a todo lo demás, para empezar a vivir como hombres libres, liberados, todos los aspectos de nuestra humanidad.

Porque cuando la *Laborem exercens* insiste en la prioridad de la dimensión subjetiva sobre la dimensión objetiva para vivir el trabajo con dignidad (cf. § 7), nos invita a no saltarnos la gran cuestión de la dignidad del yo, de la libertad, que no puede ser resuelta sin una Redención que venza la esclavitud de la muerte y del pecado. Nos invita también a vivir todas las implicaciones de la Redención obrada por Cristo, que no puede reducirse a un simple consuelo existencial del individuo.

La Redención cambia al hombre como sujeto del universo y de la historia, y esto implica que cualquier cristiano, en el ámbito pequeño o grande en que se halla para vivir y trabajar, introduce siempre una novedad evangélica en el mundo del hombre. Esto también lo recuerda insistentemente el Papa Francisco; baste recordar las encíclicas *Evangelii gaudium*, *Laudato si'* o *Fratelli tutti*.

La Iglesia nos llama continuamente a arrancar siempre de nuevo de Cristo Redentor del hombre y, por tanto, a afrontar los desafíos de la historia volviendo a entender – haciendo experiencia – el significado y las consecuencias de la redención de nuestro yo, del sujeto humano.

Me gusta mucho la insistencia del Papa Francisco sobre el "protagonismo en la sombra", sobre el protagonismo oculto que construye la historia. Como escribe, por ejemplo, en la introducción a *Patris corde*: "Todos pueden encontrar en San José, el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia cotidiana, discreta y oculta, un intercesor, un apoyo y un guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos aquellos que están aparentemente escondidos o en «segunda línea» tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación".

Este año dramático ha sacado a la luz efectivamente el valor creativo y a menudo, salvífico de las personas que trabajan motivados más por una fuerza interior que por impulsos o atractivos externos.

Es este sujeto que Cristo ha venido a recrear viviendo con nosotros, muriendo y resucitando de la muerte. Este es el sujeto nuevo creado por la Redención y a quien, para educarlo, la humanidad ha recibido del Señor el don de la Iglesia, Cuerpo vivo del Redentor, una comunidad de redimidos llamados a vivir una experiencia cada vez más profunda e integral de la Redención y a transmitirla a toda la humanidad.

El sujeto redimido del trabajo

¿Cómo nace y vive entonces el sujeto redimido del trabajo humano? Ésta es en el fondo la cuestión importante en la que profundizar en el momento actual, porque todo lo demás es consecuencia. Si existe un sujeto libre y renovado, el camino se forma frente a él, se forma en el avanzar de sus pasos en la vida, incluso en las situaciones más estancadas y empantanadas que existan, que siempre existen. La novedad –lo vemos hoy con cruda evidencia– no proviene de la economía, de la política, de la ciencia. La novedad llega si en la economía, en la política, en la ciencia, en la salud, en la educación, etc., se promueve un sujeto nuevo, quizás pequeño, impotente y solitario, como Maximilian Kolbe en Auschwitz o Madre Teresa cuando empezó a atender a los pobres de Calcuta.

¿Cómo renueva Cristo al sujeto humano? ¿Cómo nos redime? Parece obvio, creemos ya saberlo, pero el problema es que nos olvidamos y descuidamos dejar que este misterio acontezca para nosotros, justo cuando la urgencia de los tiempos nos empujaría a vivir esto, por amor a toda la humanidad.

Me sorprende que cuando Cristo insiste más en la unión con Él, lo hace para hacer posible una mayor fecundidad de la obra. "*El que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante, porque sin mí no podéis hacer nada*" (Jn 15,5).

El trabajo, como cualquier compromiso humano, tiende al fruto y a una fecundidad, como el amor entre el hombre y la mujer, como el amor de los padres. ¿Qué redime la obra de nuestra fecundidad? La comunión con Cristo. Y la comunión con Cristo es posible porque Él se hace presente, porque Él está aquí, a disposición de nuestra unión con Él, a disposición del encuentro y de la amistad con Él. Una presencia tan abierta a nuestra presencia como para hacer posible una pertenencia recíproca, esa pertenencia en el amor que no nos convierte en esclavos los unos de los otros, sino que permite una identificación en la alteridad, como la de los esposos.

Esta pertenencia total a Cristo, que su presencia totalmente acogedora hace posible a todos, convierte en fecundo al sujeto, en el trabajo y en el afecto, en la fuerza y la fragilidad, en la vida y en la muerte.

El otro día, al final de uno de esas jornadas un tanto embrollada y confusa que desde que soy abad general son más frecuentes que antes, es decir, esos días en los que deberías hacer quién sabe qué, pero que después te parece que no has hecho nada porque el tiempo ha sido devorado por mil peticiones y solicitudes, por lo que al final también te sientes culpable y holgazán, aunque no sabiendo realmente por qué, entonces, al final de una jornada así, me puse a contemplar a Jesús, en silencio. Comprendí que el orden que en última instancia quería poner en la jornada revelaba un enfoque equivocado del problema de la vida. Comprendí –no es la primera vez, pero siempre parece que caigo en ello por primera vez– que el problema no es que la vida esté organizada, ordenada o que funcione bien, sino que sea *dada*. Y comprendí que, para ser verdaderamente dada, la vida debe ser de Cristo, pertenecerle a Él, estar en sus manos, o si lo preferís, pero es lo mismo, en su Corazón. Porque Cristo, Dios, nunca guarda nada para sí mismo. Cristo lo da todo, todo lo que es y todo lo que tiene. Si Él me tiene, me da. Si le pertenezco, Él me da. Si soy todo suyo, soy todo para todos.

La Redención, que literalmente significa "readquisición", si la acogemos, si nos dejamos abrazar y penetrar por ella, nos convierte en propiedad de Cristo, nos hace suyos. Nos convertimos en siervos de un Señor que no posee nada para él y que da todo lo que tiene. Nos convertimos en siervos de un don total, de una gratuidad total. La Redención de Cristo nos atrae a la gratuidad de Dios, nos conquista a la caridad verdadera y, por tanto, a una libertad humanamente inconcebible

Pero este es el fruto de una presencia de Dios en la carne del hombre que el Espíritu realiza en nosotros, como en María en la encarnación del Hijo de Dios: "*¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que habita en vosotros y habéis recibido de Dios? Y no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a buen precio ¡Por tanto, glorificad a Dios con vuestro cuerpo!*" (1Cor 6,19-20)

Cristo, sujeto de la obra del hombre

Cristo, como ya he señalado, nos ha redimido con su presencia en nuestra carne, en nuestra vida hasta la muerte, en la historia y en el mundo. Una presencia que prosigue "*todos los días, hasta el fin de los tiempos*" (Mt 28,20). Él ha redimido el trabajo del hombre no sólo consagrando el esfuerzo en la Cruz, sino convirtiéndose en su sujeto.

Trabajando con sus manos, se convirtió en el sujeto de su trabajo de carpintero, el trabajo que aprendió de José, pero se entiende, por todas las referencias a las profesiones y labores del hombre que narra en el Evangelio, que, en cierto sentido, las conocía todas de forma subjetiva. Cuando habla del sembrador, cuando habla del pastor, cuando habla de la mujer que barre la casa o que amasa la harina con la levadura; cuando habla del viticultor, del pescador, del escriba, del comerciante, del médico, etc., se comprende que no habla por así decirlo, desde fuera, sino que de una forma u otra se ha vuelto sujeto de todas estas actividades, que quizás las haya ejercido algo o, en cualquier caso, observado con tal simpatía y empatía como para identificarse con la persona que las ejercía. El número 26 de la *Laborem exercens* profundiza con muchas referencias bíblicas en este aspecto del acontecimiento cristiano. En Cristo, Dios ha tomado sobre sí la "dimensión subjetiva" del trabajo del hombre, se ha hecho sujeto del trabajo del hombre como, por otra parte, de toda la vida del hombre en la carne, excepto el pecado.

Este hecho, esta presencia de Dios en lo humano, en el trabajo, que es, por así decirlo, el cuerpo de la Redención, nos abre a una posibilidad extraordinaria de renovación e intensidad de vida. No solo y no tanto para que podamos vivir como Jesús ha vivido, no solo porque podemos imitar

su forma de vivir, trabajar, amar, por más imposible que sea sin la ayuda de la gracia, sino porque al adherirse a Cristo, permaneciendo en Él, uniéndonos a Él, con fe, con amor, sacramentalmente, Cristo Él mismo se convierte en sujeto de nuestra vida, de nuestro trabajo, de nuestro amor, de nuestro gozar o sufrir. La novedad que la Redención ha traído al mundo es, como san Pablo lo expresa a los Gálatas, que *"no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí"* (Gal 2,20), y podríamos añadir "quien obra en mí", "ama en mí", "reza en mí", "goza y sufre en mí", en una lista infinita de aspectos de la vida humana que estamos llamados a experimentar.

La compañía de la Iglesia se nos da para ayudarnos y permitirnos acoger la gracia de "coincidir" con Cristo. Esta gracia no es una alienación, porque Cristo la ofrece a la libertad de nuestra fe y nuestro amor, como cuando le pregunta a Pedro: "¿Me amas?" y solo porque él consiente, con humildad y deseo, lo hace pastor de sus ovejas, es decir, le confía una tarea, una obra, un trabajo, del cual sólo Jesús mismo puede ser el sujeto adecuado. El amor entre Cristo y Pedro hace libre su comunión de sujeto que trabaja. No solo estamos llamados a dar nuestra vida por la obra de Otro objetivamente, sino subjetivamente, es decir, permitiendo que nuestra vida sea instrumento del obrar de Otro, del obrar de Dios. Entonces todo se convierte en un milagro, incluso en el gesto más banal y cotidiano que podamos hacer, porque Cristo lo lleva a cabo en nosotros.

En momentos en los que ya no sabes qué hacer, cómo hacer e incluso cuando no sabes cómo vivir, qué pensar, qué importante es que nos ayudemos unos a otros dentro de la comunidad cristiana, y que la comunidad cristiana ayude a todos a encontrar esta fuente siempre rebosante de novedad de vida, de novedad de trabajo, novedad de pensamiento y de palabra.

Son momentos en los que volvemos a acoger la semilla en la tierra, sin saber qué semilla es, qué planta crecerá de ella, pero si tenemos fe y experiencia de que la semilla es semilla de Redención, de la presencia real y tierna de Dios en la carne del mundo, la esperanza verdadera es que su fruto será bueno, será el mejor, y de lo que todos tenemos necesidad, incluso si aún no lo sabemos.